

## ¿QUÉ ES LA FILOSOFÍA?

La pregunta ¿Qué es la filosofía? plantea un interrogante que no tiene una respuesta sencilla. Para los que recién se inician en este saber la filosofía parece ser algo en lo que no existe acuerdo sobre nada, ni sobre los principios de los que parte –cuando parte de principios– ni sobre las conclusiones a las que llega. Aún más: parece haber tantas filosofías como filósofos, y según como la encare cada uno tampoco parece claro qué es lo que la distingue de otros saberes.

Existen muchas pretendidas “definiciones” de la filosofía. Pero apenas adoptamos una vemos que hay otra que afirma algo que la primera no incluye. Esto ocurre porque el término filosofía no es unívoco sino análogo, es decir, se puede atribuir a distintas cosas conservando de alguna manera el mismo sentido. No es extraño, entonces, que no haya una definición universalmente aceptada, lo que no implica que sea imposible definirla analógicamente por sus notas esenciales.

Tradicionalmente se ha considerado al filósofo como aquel que busca la verdad de todas las cosas y que procura obrar rectamente en la vida. La filosofía es un saber universal, que abarca la totalidad de lo real, con orden sistemático y rigor lógico. Pero su campo no se agota en un conjunto de conocimientos sino que constituye también una forma de vida, ya que lo que se logra saber sobre Dios, el mundo y el hombre repercute vivencialmente sobre quien accede a este saber. Porque la filosofía también gobierna la vida del hombre en el marco de lo espiritual, pues señala los principios del hacer y del obrar, muestra el camino del bien. En general los filósofos que pertenecen a la tradición intelectual greco-latina coinciden en que filosofar es realizar un esfuerzo común por ver, hasta donde sea humanamente posible, la verdad de todas las cosas, finalidad que guía la vida personal de quien filosofa y subordina todos sus actos para alcanzar una “vida buena”,

iluminada por lo que contempla su inteligencia.

En esta búsqueda que implica el filosofar el filósofo no concentra su interés en la apariencia de las cosas. Busca ir más allá de esa manifestación externa para indagar su esencia –para saber qué es la cosa–; busca el por qué y el para qué de todo cuanto sea posible pensar. Al filosofar el hombre considera la realidad como un todo, y aún cuando reflexiona sobre un ámbito determinado de lo real sus interrogantes no pueden ser planteados sin que al mismo tiempo se considere su relación con Dios, el hombre y el mundo. Esto implica una apertura del que filosofa a considerar su objeto bajo todos los aspectos posibles. Esta es una de las características del filosofar: una apertura al todo, a la totalidad de la realidad. Pero esta apertura –necesaria– no implica que el filósofo efectivamente llegue a la verdad de todas las cosas. Explica Aristóteles que el hombre nunca alcanza la verdad de todo ni tampoco está absolutamente alejado de ella. La causa de esta dificultad no reside tanto en las cosas sino más bien en nosotros mismos: “Como los ojos de los murciélagos están en relación con la luz diurna, así el intelecto de nuestra alma lo está en relación con lo que por naturaleza es lo más evidente” (*Met.* II, 993a 10).

Esta dificultad de percibir el sentido último de todo lo que es, no aquieta el ánimo del filósofo que se esfuerza por desentrañar la verdad de los entes. Para esto dirige su mirada hacia las cosas cotidianas y comunes de una manera especial. El filósofo no especula sobre una realidad de la que están excluidos los no filósofos. Su comprensión de los hechos que le presenta la experiencia es distinta, aunque esos datos de la experiencia puedan ser captados por todos, sean o no filósofos. Es distinta la comprensión de las relaciones que establece entre los hechos y los principios evidentes que los explican, relación que puede o no ser obvia para todos. La aptitud del filósofo para ver “lo que no está ante los ojos”, unida al don de la palabra, le permite expresar lo que sólo es visible al espíritu. Cuando esto ocurre, es decir, cuando el filósofo puede “ver” lo que esencialmente son las cosas, cuando descubre la verdad oculta tras el aspecto exterior de las cosas, la realidad se le muestra con un nuevo rostro, y este descubrir, este hallar lo que estaba oculto, lo conmociona y lo sumerge en un éxtasis en el que la contemplación de lo descubierto lo llena de gozo. Este “quehacer” propia y exclusivamente humano (Dios no filosofa porque es la Verdad, por lo tanto no tiene ninguna verdad que buscar; los demás animales inferiores al hombre no pueden hacerlo porque carecen

de razón) apareció entre los antiguos griegos directamente ligado a la palabra “teoría”. Esta palabra significó, entre otras cosas, “visión divina”. Proviene del verbo griego *theoréo*, que significa ver, observar, contemplar, de donde procede *theoretikós*, especulativo, contemplativo, y *theoría*, acción de observar, de ver un espectáculo. Del mismo origen es *théatron*, teatro, lugar para ver. E igual sentido tuvo este término para designar en los juegos olímpicos al veedor, “el que ve mejor”.

A su vez esta palabra estuvo directamente ligada a *sophía*, o sabiduría. Fue precisamente la gran creación griega la *sophía* como *theoría*, ya que se refiere a ese “ver por ver”, al modo o actitud del hombre para situarse frente a las cosas para indagar su verdad. De allí que Aristóteles entre las formas de “estar en la verdad” destaca la de aquel que ve lo que las cosas son en sí mismas, la acción que consiste en un saber que tiene su fin en sí mismo. Permaneció así inalterable por largos siglos la idea de que lo teórico es aquello que se refiere a la verdad estable y necesaria y que en su sentido más puro está condicionado por la intención amorosa, pues la actividad teórica es aquella que se dirige hacia lo que se desea conocer, y goza con su posesión. Allí está, sin duda, el sentido más profundo de la sabiduría (en latín *sapientia*: sabor, gusto, sabiduría): el gozo que produce ese “ver” las cosas en su verdad sin otro interés que el de saber lo que todavía no se sabe.

La palabra “filosofía” etimológicamente viene de dos voces griegas: *philia* (amor, amistad, inclinación) y *sophía*. Según esto, *philosophía* quiere decir “amor a la sabiduría”. Este uso del término aparece en Heródoto, que vivió en el siglo V antes de Cristo, cuando se refiere a unas palabras que habría pronunciado Creso a Solón: “Han llegado hasta nosotros muchas noticias tuyas, tanto por tu sabiduría (*sophie*) como por tus viajes, y de que movido por el gusto de saber (*hos philosophéon*) has recorrido muchos países para examinarlos”. Pero también la palabra podría haber tenido un uso inicial que ayuda a comprender su significado. Pitágoras, según la tradición, no aceptó ser llamado *sophos* (sabio) porque reconocía que no conocía la naturaleza de todas las cosas, por lo que se consideraba más bien un *philosophos*, un filósofo, es decir, alguien que busca (desea, quiere) saber. Según esto llamarse filósofo es una prueba de humildad, porque no busca saber el que ya sabe.

Para que fuese posible esta “visión desocultante” de la realidad

fue necesario que los filósofos adoptaran una actitud especial ante las cosas. Y ésta fue el asombro o admiración. Escribe Aristóteles en la *Metafísica* (I, 982a 10 – 20) que “mediante la admiración los hombres, tanto ahora como antes, comenzaron a filosofar. Al comienzo se admiraron de las dificultades sencillas, después, avanzando gradualmente, plantearon dificultades en torno de los problemas más graves, tales como los cambios de la Luna, los del Sol y las estrellas y, finalmente, acerca del origen del universo”. El asombro, en consecuencia, constituye el origen del filosofar. Con ese mismo sentido se dirige Sócrates a su interlocutor en el *Teeteto* de Platón (*Teeteto* 155) cuando dice “Muy propio del filósofo es el estado de tu alma: la admiración. Porque la filosofía no conoce otro origen que este”. Pero obsérvese que Aristóteles dice “tanto ahora como antes”. Esto significa que la admiración no es solamente el principio histórico del filosofar, sino que es un origen permanente. Hoy también podemos decir lo que expresó Aristóteles hace veinticuatro siglos: “ahora como antes” no hay filosofía sin asombro o admiración ante la realidad que nos rodea, ya que el filósofo no se admira de cosas extraordinarias, sino de las realidades cotidianas de la vida.

Aparece así la filosofía como una búsqueda de la verdad sobre todas las cosas en la medida de lo humanamente posible, es decir, hasta donde puede llegar el hombre a la luz de su razón natural. Esta no es una búsqueda inofensiva, ya que no se trata de satisfacer una simple curiosidad. Este es precisamente el mayor legado de los filósofos griegos: preguntarse si este mundo es absurdo o está lleno de *logos* implica asumir la vida de una manera diferente a la del común de los hombres. La misma muerte de Sócrates revela que debe haber coherencia en el filósofo entre aquello que conoce y su propia forma de vida, pues de lo contrario la filosofía no sería sino un camino más de la hipocresía.

La filosofía es una forma de vida tal como la entendió Sócrates, para quien la filosofía se relaciona con la verdad que permite el cuidado del alma y el conocimiento de sí mismo; lo que puede hacernos capaces de “estar en condiciones de dar cuenta”, de dar una justificación racional a lo que se afirma. Este “cuidado del alma” Sócrates lo tomó como una misión suprema y como un “servicio a Dios”. Jenofonte asegura que Sócrates afirmó que “he trabajado constantemente para hacer mejores a los que me han tratado”. Esta idea está muy bien expresada en las palabras que el autor de la *Apología*, Platón, pone en

boca de Sócrates: “Toda mi ocupación es andar de un lado a otro tratando de persuadirlos, jóvenes y viejos, de que no debéis preocuparos ni del cuerpo ni de las riquezas, tan apasionadamente como de vuestra alma, para que sea todo lo perfecta posible” (29 e).

Es obvio que la filosofía socrática (como modo de filosofar, no solamente como contenido conceptual) es un hecho histórico irreplicable. Sin embargo ha dejado una impronta que está presente en los grandes filósofos –sean ellos un Tomás de Aquino, un Kant o un Hegel– y que debemos recuperar para no quedar encerrados en sutilezas eruditas posmodernas o deconstructivas que tienen poco que ver con el sentido de la vida humana y la convivencia regida por el mérito. En la filosofía que asume un modo interrogativo se cuestionan conceptos o creencias, pero estos conceptos o creencias no son privativos de un reservado núcleo de especialistas, aunque algunos de ellos puedan serlo, sino que son los que comparten generalmente los participantes de la vida diaria que tienen una educación superior y que los utilizan para dar alguna respuesta a los problemas vitales que la ciencia no puede resolver.

Además, estos cuestionamientos son posibles toda vez que tomamos distancia de las suposiciones en las que hemos confiado hasta ahora, sometiénolas a un escrutinio crítico sistemático mediante las más fuertes objeciones disponibles. Y esto no lo hacemos solamente con los pensamientos rivales, sino fundamentalmente con los propios, volviéndolos vulnerables y susceptibles de cambios o mejoramientos. Así han procedido los grandes filósofos, desde Sócrates, que han hecho avanzar el pensamiento filosófico precisamente porque la búsqueda de la verdad presupone en primer lugar que cuestionemos lo que hasta ahora teníamos por seguro. Sabemos que esta búsqueda nos dejará insatisfechos, porque todo filósofo es un inconformista, pero también sabemos que estamos expuestos al error, como en toda acción humana. No obstante el intento no habrá sido en vano, porque los errores de los grandes filósofos enseñan mucho más que las afirmaciones de los mediocres que repiten un pensamiento ajeno.

La filosofía se apartó de su larga y fecunda tradición cuando dio más primacía al conocimiento del pensar que al conocimiento de la realidad, haciendo del filósofo un ser que razona con autonomía y neutralidad sobre un campo de conocimiento cada vez más limitado. Seguramente Sócrates se habría asombrado ante esta forma de concebir a la filosofía y al filósofo. Se trata, entonces, de recordar que la fi-

losofía no es solamente conocimiento, sino también una forma de vida, tal como lo señaló Aristóteles al comienzo y al final de su *Ética a Nicómaco*. Y esa forma de vida en cada filósofo constituye una unidad, una totalidad compleja cuya narración continúa una historia que le antecede.

Nuestra vida, como la filosofía misma, no es un simple transcurrir de acción en acción o de premisa en premisa, como si desarrolláramos un teorema ya escrito del que inexorablemente seguimos sus pasos. La vida y la filosofía son un desafío cotidiano a ser cada vez mejores personas y a comprender mejor la verdad que descubre nuestra inteligencia. Y como a todo desafío, también a éste respondemos con miserias y grandezas, que van jalonando nuestro itinerario hacia la verdad fuente de toda verdad. Y en este tránsito, cada día deberá valer la pena de ser contado. Por eso, para quienes entendemos que la filosofía también es un modo de vivir, ella misma es un drama que merece ser contado. Los filósofos, como los poetas, como todos los que viven con fidelidad y autenticidad su vocación, se alegran cada día por los logros de su oficio porque nada los garantiza. La ayuda que podamos recibir, sea de la naturaleza que sea, nunca sustituye el esfuerzo y el empeño personal. Como ha escrito muy bien Josef Pieper, filosofar significa vivir a la intemperie.

La “visión del todo”, que constituye una nota esencial de la filosofía, no impide filosofar sobre un ámbito determinado y particular de la realidad, que tendrá que ser considerado en relación necesaria y vinculante con el todo para conservar su carácter propio, es decir, filosófico. Es así como aparecen ya desde Platón diversas partes de la filosofía, especificada cada una de ellas por sus respectivos objetos de estudio. Pero además de esta forma de ordenar los saberes filosóficos existe la tradicional distinción entre filosofía teórica y filosofía práctica, señalada ya por Aristóteles.

Lo práctico se refiere a lo que Aristóteles llamó “la filosofía de las cosas humanas” (*Ética a Nicómaco*, X, 9, 1181 b 15), y cuyo fin es la acción. Entre estos dos aspectos de la filosofía debe haber una necesaria complementación y no oposición, como han malinterpretado algunos. En la *Ética a Nicómaco* señaló el carácter “práctico” de esta filosofía: “El presente estudio no aspira a un conocimiento teórico, como lo hacen otros, pues el objeto de nuestra investigación no es conocer lo que es la bondad, sino llegar a ser buenos” (II, 2, 1103 b, 26 – 29).

Entre la filosofía teórica y la filosofía práctica existe una diferencia determinante: la filosofía teórica se relaciona con la regularidad o inmutabilidad de los objetos, con aquello que siempre y necesariamente es o sucede. Un ejemplo de filosofía teórica es la *Metafísica*, que estudia el ser en cuanto ser o el ente en cuanto ente. La filosofía práctica, en cambio, se refiere a las acciones humanas, acciones que siempre pueden ser de manera diferente. Un ejemplo de esta filosofía práctica es la *Ética* o la *Filosofía del Derecho*.

Estos antiguos razonamientos de Aristóteles tienen hoy plena vigencia. Desde comienzos de los años 60 hasta finales de los 70 del siglo XX tuvo lugar en Alemania un intenso debate que alcanzó fama mundial con el título de “rehabilitación de la filosofía práctica”. Según F. Volpi, los dos textos más importantes que abren la corriente neoaristotélica son los de Hannah Arendt *La condición humana*, publicado en los Estados Unidos por primera vez en 1958 y el de H. G. Gadamer, *Verdad y método*, publicado por primera vez en alemán en el mismo año. Esto se ha conocido fundamentalmente por los trabajos de Enrico Berti (1990) y de Franco Volpi (1993).

La posesión de la verdad (posesión imperfecta, como todo lo humano) proporciona una satisfacción que no es comprendida por el común de los hombres, más inclinados al deleite que proporcionan las cosas materiales. El ejemplo más antiguo lo tenemos en el mismo fundador de la filosofía, Tales de Mileto, quien, como lo recuerda Platón en el *Teeteto* (174a), se cayó en un pozo por mirar hacia el cielo. “Y se dice que una joven tracia, con ironía de buen tono, se burlaba de su preocupación por conocer las cosas del cielo, cuando ni siquiera se daba cuenta de lo que tenía ante sus pies”. Y agrega agudamente Platón a continuación: “Esta burla viene muy bien a todos aquellos que dedican su vida a la filosofía”. El hombre común se burlará siempre de lo que no comprende. Como dijo Heráclito antes de Platón, “los perros ladran lo que no conocen” (frag. 97).

Es verdad que son pocos los que se preocupan por saber por el simple deseo de saber, y no muchos más los que buscan el deleite que produce el conocimiento. Es comprensible, entonces, que el común de la gente no comprenda a los filósofos ni a la filosofía misma. Por eso es necesario comprender la actitud de los primeros filósofos, ya que fue precisamente esa actitud la que los distinguió de sus conciudadanos y los animó a intentar hacer del mundo una morada digna del hombre. Por eso en la antigüedad este estilo de vida superior no sola-

mente tuvo por objeto expandir el conocimiento de lo real sino también realizar una tarea ética. La filosofía es un hacer personal, donde cada filósofo busca un conocimiento que nunca podrá alcanzar de una vez y para siempre, ese saber total sobre Dios, el hombre y el mundo, que parece ser “una pasión inútil” pero que en realidad constituye la meta de una empresa humana cautivante y maravillosa.

La bibliografía sobre este tema es muy grande. Solamente de modo indicativo puedo sugerir la lectura de las obras de Josef Pieper, *El ocio y la vida intelectual*. (Ed. Rialp, Madrid, 1979) y *Defensa de la filosofía* (Trad. de Alejandro Esteban Lator Ros. Ed. Herder, Barcelona, 1979). Sobre la filosofía como modo de vida se destaca la obra de Pierre Hadot, *¿Qué es la filosofía antigua?* (Trad. de Eliane Cazenave Tapie Isoard. Fondo de Cultura Económica. México, 1998). Una buena descripción sintética de la naturaleza de la filosofía práctica y de su rehabilitación reciente puede encontrarse en Jorge Martínez Barrera: *La política en Aristóteles y Tomás de Aquino*. Cuadernos de Anuario Filosófico, Universidad de Navarra, Pamplona, 2001, Capítulo I. Los textos que he citado de Aristóteles pertenecen a la *Metafísica*, traducción de Hernán Zucchi, (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1978). Los de la *Ética a Nicómaco* corresponden a la edición del Instituto de Estudios Políticos de Madrid, edición bilingüe y traducción de María Araujo y Julián Marías, Madrid, 1970.

Otras perspectivas sobre qué es la filosofía pueden verse en Max Scheler, *La esencia de la filosofía y la condición moral del conocer filosófico*, José Ortega y Gasset: *¿Qué es filosofía?*, Martín Heidegger, *¿Qué es eso de filosofía?*, Edmund Husserl, *La filosofía como ciencia estricta*, Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus* (4.0031, 4.111, 4.112, 4.113 *inter alia*).

**Juan Carlos Pablo Ballesteros**